

Análisis en torno al defundamiento de la metafísica

Mino Fernando CHICANGANA BAYONA

Universidad Complutense de Madrid

Defundamiento es el resquicio que se abre en el determinar ontológico y por el que acontece para la metafísica la pérdida total de los límites en los que se había encapsulado el ser. Es el concepto que muestra en el advenimiento de un desorden e indeterminación lo que anidaba como problema esencial en el fundar metafísico. Estas son ideas que pueden sintetizar lo que se desprende del apéndice *Simulacro y Filosofía Antigua* de *Lógica del Sentido* de Deleuze, en el que se expone el acaecimiento inexorable de una grieta –la determinación del ser del sofista- por la que se precipita la caída de toda la ontología platónica. Lo que puedan tener de especial estas afirmaciones para el análisis de la temática ontológica, radica principalmente en que sus conclusiones no solo afectan a la metafísica platónica, sino sobre todo a la venidera, es decir, engloba a todas aquellas formas de comprensión del ser que le suceden y que han marcado el carácter por el que se ha mostrado la comprensión de la metafísica en general.

Cuando se indica que el platonismo, aun siendo una forma de seleccionar y dar base jerárquica al mundo ontológico, se erige en vano como unidad en la que se reconcilian las diferencias en las que se escinde el ser, no solo se acusa de este fracaso a la metafísica platónica, sino en el fondo, esta lacónica condena se extiende a toda forma ontológica de similares circunstancias y de pretensiones parecidas. No solo porque la metafísica fue incapaz de alcanzar una unificación del ser, sino porque cuando se lleva al extremo esta sentencia, lo que se barrunta en adelante para toda la metafísica es la pérdida total de esta posibilidad. Lo que se desvela con esta acusación es el inminente hundimiento, el naufragio en el que constantemente se mueve y adviene el fundamento ontológico.

Desde este texto deleuziano, el análisis del defundamiento pretende plantear el carácter oculto de aquella carencia que se da para toda la metafísica y en la que resuenan en el tiempo aún sus consecuencias. Lo que incautamente se alcanza a entrever a través de la determinación del sofista como simulacro, tiene tanta incidencia que en toda la historia de la metafísica solo se musita el carácter de una pérdida, de un despojo. Lo que le ha sido arrebatado a ésta es de tan ingente valor, que solo por su ausencia se suscita indefectiblemente una multitud de críticas sobre aquello que durante tanto tiempo ha sido visto como la forma idónea y loable de buscar la verdad del ser. En adelante, toda acción y preocupación por acercarse al ser del ente, quedará para la metafísica confinada a juicios y fragmentaciones que evidencien la futilidad de tal empeño.

La metafísica es desde su nacimiento, desde que Platón reconciliara las visiones del ser en lo uno y lo múltiple, la forma que identifica y reconcilia la escisión que hay en la realidad. Es la manera con la que se constituye y se ordena todo tipo de ente. Es la pretensión que tiene por objeto dar unidad al ser por medio de una descripción de los tipos de entes del mundo. Sin embargo, este trabajo no ha sido fácil de realizar, pues con el tiempo no solo no se ha podido mantener los muros que se alzaban para contener en unidad al ser, sino que, además, lo común a todas las formas de metafísica es que fueron incapaces de entender la relación que mantenían con aquello que se encontraba más allá de los límites que imponían, es decir, de la relación que entablaban con su enemigo el no-ser. Siendo incapaz de comprender esta división que ella misma planteaba, la Metafísica terminó ocultando sus posibles consecuencias en la estructura con la que reconciliaba al ser.

Pero ¿cómo se puede llegar a esta fatídica conclusión? y ¿qué situación puede sembrar el desconcierto en la metafísica y en todos sus posibles contenidos? Escudriñar los ecos de los que emerge este desorden en el que se asienta una indeterminación general, sólo puede provenir de la mostración de un intento icónico, que en su fracaso no pudo controlar lo inconmensurable del ser, y en medio de tan angustiada situación, tomó la decisión de encadenar y silenciar sus fatídicas consecuencias. Estos sucesos son representados con la imagen del sofista en la metafísica platónica, que como muestra impía y testaruda, se erige como icono irreductible a fundamentos. Aquella extraña esencia del sofista, desmesurada e irresoluta, es oposición natural y diametral a toda reducción del ser como eidos, al que siempre precede un mundo fundacional.

En tan inhóspita situación, determinar el ser del sofista conllevará un riesgo ontológico del que no se podrá salir indemne, pues en medio de la tensión en la que Platón quiere asirlos, aparece el despojo del que es víctima la metafísica, y que se muestra una y otra vez para toda aprehensión que se quiera hacer de lo inasible.

No pudiendo determinar en suelo metafísico a los sofistas, Platón decide desterrarlos fuera de los muros del ser para convertirlos en simulacros, en el no-ser del eidos; pero en medio de esta colosal empresa dialéctica, se descubre la paradoja que sacude este empeño, pues lo que se ha anulado en esta lucha no es el ser del sofista, sino el ser del fundamento ontológico. Lo que en medio de la lucha platónica ha sucedido, es que en el intento de desterrar de suelo metafísico lo que no podía ser determinado en éste, solo se ha constatado la carencia de un suelo de esta índole. La resolución de lo que ha acontecido se ha hecho evidente, pues la imagen del sofista “[...] lejos de ser un nuevo fundamento, absorbe todo fundamento, asegura un hundimiento universal, pero como acontecimiento positivo y gozoso, como defundamiento [...]”¹

¹ Deleuze, Gilles, *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona, 2005, p. 305-306.

Es la aparición de este defundamiento en la metafísica lo que es en toda regla su despojo. Y se expresa no como una incapacidad para ordenar el caos, sino como incapacidad para ser lo que siempre ha pretendido ser, es decir, como guardiana de la verdad del ser. Su caída ha sido inminente, porque en toda la historia, a pesar de los muchos y encomiables esfuerzos, la metafísica no pudo encontrar un fundamento lo suficientemente fuerte, lo suficientemente veraz y único en el que se pudiera sustentar toda diferencia, pero sobre todo, en el que se pudiera sustentar a sí misma. En consecuencia, la resolución es ahora inapelable, la metafísica ha de ser despojada del incólume y sacro suelo fundacional en el que se ha originado y se ha explicado tanto a sí misma, como a todo lo que estaba fuera de ella.

Un análisis de lo que implica este defundamiento en la Metafísica, de lo que acontece con la pérdida de aquello que se mostraba como estable y seguro en ésta, ha de poderse constituir bajo un significado que contenga lo que se ocultó y ubicó más allá de sus fronteras. Lo que se exige, a grandes líneas, es la comprensión del significado que tuvo el fundamento ontológico para el platonismo y lo que significa en consecuencia un fracaso de éste para la metafísica.

Teniendo en cuenta el tema principal en el que se circundan estas líneas, se trazan tres puntos principales en los que se limita y se da sentido a este análisis. Como la problemática en la que aparece el defundamiento deviene del análisis que hace Deleuze sobre el método por el que se busca la verdad en la metafísica platónica, lo primero que conviene dar es una explicación del modo como Platón llega a la necesidad de ordenar lo múltiple y dar identidad a lo diferente en su visión ontológica. En segundo lugar, se entabla la relación que presenta su pensamiento con los sofistas y los problemas que se encara con su representación para articular teóricamente una filosofía de fundamentos. Es aquí donde se presenta imprescindible para el platonismo desterrar del suelo del eidos al sofista.

Finalmente y teniendo presentes las figuras en las que se enmarca y asienta la posición platónica, se ha de desvelar sus implicaciones. En otras palabras, ha de descubrirse la inconmensurabilidad en la que se da el ser y por la que es causa de alejamiento y exilio de todo lo que -a falta de pertenecer a un fundamento común- amenaza desordenada y ciegamente su posible constitución. Aquí es donde radica y emerge la paradoja, pues en el intento de mantener un orden ontológico, la comprensión de lo que se concibe como no-ser se termina instaurando como defundamiento, que, bajo la promesa de hundimiento universal, reclama al tiempo y positivamente, volver a instalarse en el seno del ser. Este es el advenimiento de una diferencia que con toda su radicalidad y desemejanza, emerge como contrariedad de las fauces mismas en las que se ha dado el orden metafísico.

La metafísica platónica: la unidad del ser entre el mito y la dialéctica

La metafísica platónica nace con la necesidad de resolver los dilemas en los que se debatía la joven filosofía griega y en las que se encerraban aporías que impedían llegar a un consenso de lo que era la realidad. En este sentido, la metafísica se considera un conocimiento por el que el pensamiento accede y trasciende las fronteras del mundo de las opiniones y apariencias hacia la verdad de las cosas. Es el despertar del logos que abandona al mito como justificador de existencia y verdad, es el desarraigo definitivo de aquella realidad que estaba dada como verdad “[...] en la mentalidad antes de la afirmación histórica del suceso.”² En adelante, será el recorrido que se hace en busca de un origen que explique el paso que va de aquel mundo en el que cotidianamente se habita y que está puesto en la inmediatez en la que se perciben los

² Gusdorf, Georges, *Mito y Metafísica*, Nova, Buenos Aires, 1960, p. 36.

fenómenos, a un mundo de esencias inalterables que han de constituir el acaecer cambiante del primero.

La Metafísica platónica es básicamente la reconciliación que se hace entre eleáticos y heraclíteos, entre el monismo y el pluralismo del ser. Es la conexión que va de aquel tiempo del transcurrir y del cambio en el que constantemente se escinde el ser, a aquel donde se origina todo en la estabilidad imperturbable de lo eterno. Vistas sus pretensiones, su ingente importancia radica en que su mayor logro consiste en mostrar el camino por el que se marcan los límites, y por los que el pensamiento puede aunar las distancias que hay entre estos dos mundos aparentemente irreconciliables. Con ello, el discurso ontológico marcará a la vez la frontera radical entre la convergencia y la divergencia con la verdad.

Lo que está en juego para la Metafísica es la realidad y su constitución (Sofista, 246 a-c), por eso su propósito primordial es encontrar y asentar las bases que condicionan la temporalidad y la finitud en las que se mueve y se caracteriza el mundo sensible, pues ello significará contrarrestar el olvido del que es víctima todo cuanto es en el tiempo; es decir, la verdad para la metafísica remite siempre al encuentro con algo que escapa al olvido, que no está supeditado a éste, pues perdura y por ende, ha de recordarse. Porque solo lo que es estable e imperecedero puede presentarse antecediendo y constituyendo al tiempo; y por tanto, la metafísica ha de ir detrás de ellos, seleccionando, eligiendo y dividiendo sobre aquellos no son y no hacen parte de este linaje, sobre aquellos recuerdos de segunda categoría que están expuestos a ser transgredidos y trastocados por el pasar del tiempo, es decir, a ser interpretados. Las ideas que interesan a la metafísica platónica son las que tienen un carácter atemporal porque son precisamente las que constituyen al tiempo mismo. Como bien afirma Pardo, la metafísica es un discurso con carácter de verdad porque

[...] es aquel en el cual el sujeto establece –a través de la palabra- una cierta relación consigo mismo; el ser inmóvil, anterior a la escisión, debe ser buscado “dentro”, y no fuera del alma, en las profundidades abisales de la mente en las que yace como recuerdo olvidado. [...] desde su nacimiento, el individuo está inmerso en el mundo del movimiento y, por tanto, separado de su sí mismo, ajeno a la verdad. El recuerdo no ha de alcanzar a una época del tiempo, sino que ha de ser capaz de sacar a la mente fuera del tiempo, fuera del movimiento, e instalarla en el mundo del ser que no es este mundo. La verdad está dentro del alma pero fuera del mundo, el reino del ser no es de este mundo escindido por el movimiento e infectado por el olvido.³

Querer establecer un modo por el que se pueda juzgar la veracidad de lo que se dice, responde únicamente al deseo de determinar y diferenciar todas las cosas que se encuentran en el mundo del continuo acontecer. Pero para distinguir estas cosas hace falta establecer lo que hay de cierto en ellas. Y esto, en principio, implica que un conocimiento de esta índole ha de anclar profundamente sus raíces en un lugar que sea condición para todo y al cual siempre se pueda remitir. Por eso sus afirmaciones en modo alguno pueden presentarse como invención propia de la ocasión, pues han de soportar precisamente los avatares del tiempo. Lo que pretende el pensamiento metafísico es encontrar respuestas sobre la escisión en la que se sumerge el mundo de las cosas donde se habita, pero que a la vez, estas determinaciones no queden condicionadas e inmersas en este mundo del movimiento, pues ello implicaría que no son lo suficientemente contundentes y firmes para establecerse como formas de una naturaleza distinta a las que intenta explicar.

³ Pardo, José Luis, *La Metafísica. Preguntas sin respuesta y problemas sin solución*, Montesinos, Barcelona 1989, p. 45.

En este sentido es comprensible que la Metafísica, al presentarse para el pensamiento como un estadio superior al mito, no pueda sostener la verdad de sus afirmaciones desde éste, es decir, desde un relato cerrado en el que se describe y representa el origen del mundo. Porque además de que es incongruente con el camino en el que se condiciona su búsqueda, el mito es incapaz de responder por las distintas interpretaciones que genera su propia narración, pues en éste se establece un equilibrio atemporal que “[...] se funda así en el hecho de que todas las actividades humanas obedecen a una misma regulación proyectada de una vez y para siempre.”⁴ Lo que omite el mito con su relato sin tiempo, es la angustia de la temporalidad, del cambio, algo que la Metafísica, consciente de la escisión del ser, está dispuesta a reconciliar.

Por eso la aparición del mito como explicación en el mundo primitivo no fue baladí y tampoco lo es para las pretensiones que tiene la metafísica platónica, pues ésta advierte que aunque el mito “[...] no es y no dice la verdad, la encierra indirectamente, la señala de modo oblicuo”⁵. Por eso, según se interprete su relato, puede ser utilizado como el modelo de aquel recuerdo que está más allá del tiempo, y por ende, como el fundamento por el que el pensamiento pueda seleccionar la validez de sus pretensiones, de sus ideas.

El mito es la narración que con su simplicidad y ceguera, está cargado de contenido escrutable y susceptible de ser interpretado y del que puede darse un sentido. El que el mito tenga una interpretación, lo pone como punto de referencia, como algo que aunque no participa directamente en la producción y en el dialogo riguroso de la metafísica, sí señala desde la distancia una meta desde la cual se juzguen las ideas, es decir, a los pretendientes que más se asemejan a lo que se busca.

Es en este sentido que el mito es para la filosofía platónica el fundamento, el lugar en el que se muestra la idea compelida, y ha de buscarse el camino que conduzca a ésta; se presenta como “[...] el modelo inmanente o el fundamento-prueba según el cual deben ser juzgados los pretendientes y su pretensión medida.”⁶ Alcanzar para la metafísica la idea que indirectamente se muestra en el mito, es darle autenticidad a aquel logos que explica y disecciona la idea por medio de una selección, de una dialéctica. Dar validez al linaje por el que se ha descubierto la esencia que oscuramente se escondía en el relato mítico, es lo que demuestra la conexión del mundo de las apariencias con el mundo de las ideas.

En la metafísica platónica lo más importante no es el mito, sino la dialéctica, la que cumple el papel principal en esta trama, la que permite ordenar desde la selección del mejor pretendiente las determinaciones que emergen del mundo sensible. Con la dialéctica, se divide, y se elige, pero por sobre todo, se asegura que la elección es la correcta porque sigue un fin. Hay un horizonte en el que se divisa un fundamento, un modelo desde el que puede elegirse el mejor pretendiente o la mejor copia.

En el universo metafísico de Platón hay unas ideas que se muestran como modelos para todo tipo de representación, para toda copia. Lo que queda por discernir es qué clase de copias son estas representaciones, pues en la medida en que se asemejen o no a la idea serán consideradas copias bien fundadas o mal fundadas, pues “es la identidad superior de la Idea lo que funda la buena pretensión de las copias, y la funda sobre una semejanza interna o derivada.”⁷

⁴ Op.cit. Gusdorf, Georges, *Mito y metafísica*, p. 38.

⁵ Op.cit. Pardo, José Luis. *La Metafísica. Preguntas sin respuesta y problemas sin solución*, p. 37.

⁶ Op.cit. Deleuze, Gilles, *Lógica del sentido*, p. 297.

⁷ *Ibid.*, p. 299.

En su empeño natural por la idea, Platón la suscita siempre como una selección natural del mejor pretendiente en cuanto a lo que éste puede mostrar sobre su relación interna con el fundamento. Aquello que decide en la distinción entre la esencia y la apariencia o el original y su copia es el fundamento. Para cualquier caso, esta forma en la que opera Platón está determinada por la búsqueda del mejor pretendiente, es decir, de la copia que remita con más pretensión a la Idea, que se asemeje internamente a aquello que se muestra como lo original e intangible. De esta forma, la dialéctica se convierte en el “procedimiento para seleccionar lo que puede y lo que no puede pasar por el filtro de la representación lógica.”⁸

Así se presenta la metafísica platónica como modo en el que el pensamiento quiere anclar y jerarquizar sus producciones, sin que se ahoguen en el inmenso océano del tiempo. Recobra el sentido expresado por aquella escuela eleática que abogaba por un orden más allá de lo inmediato y de lo visible, pero con la diferencia de que ahora esta realidad es accesible para el pensamiento en tanto que la búsqueda de la selección y de la diferencia tiene su base en el eidos. Lo que se erige como excepcional para la metafísica de Platón es el triunfo de una voluntad que elige y que puede seleccionar desde un modo determinado en el que comparezcan las formas más puras que constituyen la realidad de los entes, es decir, en el que aparece la esencia genuina de la cosa misma, y por tanto, la unidad de su ser.

La metafísica se convierte, de ese modo, en una cierta zona del pensamiento y el lenguaje (un cierto arte de hablar y pensar) desde la cual es posible decir el ser sin abandonarse al pluralismo indefinido [...] ni al monismo hermético [...] Y de esta forma, la Metafísica traza los límites del pensamiento recto y correcto acerca de las cosas.⁹

Sin embargo aún no está todo resuelto para Platón. Hallada una forma en la que se puede recorrer el camino que va de un mundo sensible a un mundo inteligible, es decir, el que se pueda distinguir los tipos de copias desde un fundamento y llevar el pluralismo en el que se sumerge el mundo de las apariencias al monismo eterno del que se origina, no es suficiente aún para que la Metafísica dé por cerradas sus cuestiones, pues habrá casos en los que

[...] las diferencias son excesivamente grandes o excesivamente pequeñas como para ser capturadas por el Logos, y que deben ser tenidas como meras perturbaciones de lo sensible, malas copias que carecen de modelo inteligible y que, al no tener cabida en el dominio de la representación lógica, deben anotarse en la cuenta del no ser.¹⁰

Esto es precisamente lo que se presenta con la imagen del sofista, que como simulacro que se rige por la desemejanza, obliga a que su imagen sea determinada como no-ser de la idea; pero a la vez, conllevará un problema cuando Platón, queriendo asentar su lugar en el mundo ontológico, se adentra a definir el ser de un no ente o lo que es lo mismo, el no-ser del ente, lo que conducirá paradójicamente a encadenar y esconder las posibles consecuencias que implican su determinación para la metafísica.

Encubrimiento y encadenamiento del sofista como simulacro del eidos

Con la teoría de las ideas, Platón encubre y encadena al sofista. Lo condena al exilio como

⁸ Op.cit. Pardo, José Luis, *La Metafísica. Preguntas sin respuesta y problemas sin solución*, p. 51.

⁹ *Ibíd.*, p. 52.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 52-53.

muestra no imitable de lo desmesurado, lo inmoderado y lo irresoluto. La consecución de este juicio y su firme decisión ontológica vienen precedidas por una defensa a ultranza y dialéctica sobre la búsqueda del fundamento. Es la aparición de la idea como esencia de las cosas lo que prima en este desenlace. Porque este es el principio desde el cual se comprende el engranaje ontológico que constituye el mundo de los entes, y en consecuencia, es el lugar donde debe acaecer la diferencia entre el ser y el no-ser.

Pero en aquella búsqueda en la que con aparente indiferencia determina el acontecer del sofista, Platón no se muestra completamente transparente y desentendido respecto a la imagen que éste le provoca. En la mirada predispuesta que tiene del mundo a partir de las ideas, se esconde y se revela continuamente el augurio que trae consigo desentrañar el ser del sofista. Ante la extraña incertidumbre que le suscita tan ambigua imagen, la decisión tomada por el ateniense no ha de interpretarse como baladí, pues el proferir de su condena no se muestra solo como la determinación distintiva de lo que constituye al sofista en tanto es el no-ser de la Idea, sino que al tiempo y como contrapuesto a esta intención, se manifiesta subrepticamente como la necesidad irrefrenable de afirmarse en el fuero de su voluntad y su querer, en tanto la idea se ve extrañamente amenazada de muerte por el poder que, sin fundamento, contraviene letalmente toda construcción y orden ontológico.

Tan extraña es esta coacción que ejerce la imagen del sofista que no parece claro lograr exponer el efecto que tiene sobre el eidos. Lo que parece es que la imagen del sofista contiene parra la teoría de las ideas un caos que Platón por su propia aprehensión en el fundamento solo alcanza a entrever como amenaza.

Sobre la imagen del sofista solo se puede decir que para la metafísica platónica emana desmesura, caos y contrariedad a causa de la motivación que tiene por vencer y persuadir. La ambigüedad es el estado que condiciona su ser porque lo que busca constantemente es en beneficio propio. Egoísta y astuto, el sofista desorienta la idea según sea la ocasión. Como perturbador de la verdad, es la imagen que por sus fines se pondera siempre como el no-ser de la idea. “El balbuceo de estos no va más allá del nivel de la apariencia, de la ilusión, de los sentidos, incluso del no-ser, al que jamás podrá trascender.”¹¹

Visto en esta perspectiva y poniéndolo en relación al eidos, casi parece una obviedad decir que las cualidades del sofista no representan en caso alguno signos de alarma por los cuales pueda debilitarse el platonismo y el fundamento en el que se ampara el eidos; sino al contrario, la descripción del sofista lo que hace es reforzar la motivación de la metafísica en la verdad, aquello que construye sobre bases sólidas, el sosiego de la idea en lo estable y lo seguro.

Por eso las características que componen la imagen del sofista, no pueden ser vistas como signos condenatorios de las falencias y carencias que puede padecer la metafísica platónica y por las que ha de temer su desarticulación; al contrario, desde los fundamentos que sostienen la metafísica, la imagen del sofista no se determina como el escollo insalvable por el que pueda ocurrir el derrumbamiento de su teoría; sino que, como mucho, su consideración se valora como los límites en los que acaba el ser del eidos; pues lo que muestra su descripción es que el hacer del sofista es la antípoda de la verdad, o lo que es lo mismo, una muestra icónica de lo que es absurdo y contrario a la idea, “el propio sofista es el ser del simulacro, el sátiro o centauro, el Proteo que se inmiscuye y se insinúa por todas partes.”¹²

Pero no todo está dicho en la descripción que Platón nos muestra del sofista, porque aun teniendo a buen recaudo la determinación que enseña, no es posible desechar su imagen por

¹¹ Grondin, Jean, *Introducción a la metafísica*, Herder, Barcelona, 2006, p. 54.

¹² Op.cit. Deleuze, Gilles, *Lógica del sentido*, p. 298.

fútil que parezca. Y es que el efecto intermitente que tiene el sofista trasciende la comprensión que se tiene de éste como el no-ser de la verdad, pues es –a pesar de todo- muestra extraña que por contradictoria, es siempre amenaza incesante de muerte para la teoría del eidos.

Hay una particularidad que determina la peculiar situación del sofista y que lo remite como problema no asimilable para la metafísica. Y es lo que viene a significar para ésta “la diferencia de naturaleza entre el simulacro y la copia, el aspecto por el cual ellos forman las dos mitades de una división. La copia es una imagen dotada de semejanza, el simulacro una imagen sin semejanza.”¹³

Siendo el sofista la imagen sin semejanza, el simulacro, la consecuencia inmediata es que estos falsos pretendientes quedan en el camino a medida que la búsqueda avanza en profundidad. Es el discriminar de la dialéctica, que bajo criterios de selección busca lo mejor de lo que se dice de algo, sin discernir con ello cuál de los pretendientes rezagados ha de ser considerado como el peor. La razón de ir tras la idea más digna, más pura, se basa –como anteriormente se ha advertido- en la búsqueda de unos cimientos lo suficientemente profundos que permitan asir la comprensión de la realidad desde un fundamento estable. Se trata de un intento de ordenar el mundo a partir de lo que por evidencia dialéctica se haga verdadero. Para Platón, parece ser el deseo sensato de contener un orden; empero, también es desde otra forma, el deseo desesperado de anclar la elección del mejor pretendiente o de la mejor copia, más allá de las fronteras de una voluntad que solo desea.

Porque lo que se muestra en el ápice en el que se tensa esta ambición es la aparición del sofista como un caso atípico entre los pretendientes, pues más que quedar relegado por estar mal fundado –como sucede con cualquier copia de similares características- su carácter peculiar como simulación de la Idea obliga necesariamente a plantearse no como la copia más degradada porque es copia de copia, sino como lo contrario de la copia, lo que está desprovisto de semejanza, lo que en la exégesis platónica es disimilitud o desemejanza.

La búsqueda por la que se definen las copias va en dirección al mejor linaje, porque el método dialéctica-mito tiene la fuerza para ahondar en las profundidades de este propósito. Sin embargo, la imagen del sofista dinamita esta lógica y es molesta para las pretensiones de Platón, obligándole a hacer un cambio en su proceder sobre la selección, pues su aparición influye como ambigüedad y carencia de verdad sobre la elección y búsqueda del linaje.

Sin los sofistas, Platón solo tendría que discernir entre copias con mayor o menor semejanza con la idea, pero con la presencia de éstos tiene que delimitar sobre la posible ambigüedad que se suscita en la división modelo-copia; pues si todo el mundo metafísico se puede entender como la dualidad entre las apariencias y las ideas, la presencia del sofista pone en riesgo este orden, en tanto la copia pierde la legitimidad que ganaba con el fundamento y de paso el fundamento también pierde su valor; pues el sofista por su propia constitución no tiene fundamento alguno, es una desproporción y un alterador del orden, un descentramiento. Permitir que se determine como copia, implicaría para Platón la destrucción del mejor linaje. Rompería con la pretensión de orden y reconciliación de diferencias a que aspira la metafísica.

Bajo estos términos y no otros, es que la condena platónica sobre el sofista no puede reducirse sólo a la determinación que juzga una concepción absurda y carente de fundamento ontológico. Más allá del sentido que impera, la condena es, en la metafísica platónica, la consecuencia inmediata de aquel barruntar que prevé – aunque oscuramente y sin visos

¹³ *Ibíd.*, p. 299.

claros- el principio del caos en el que se cierne lo ontológico; es decir, es el temor al advenimiento de la elección como determinación carente de sentido trascendente, como aquello en lo que está ausente un regente ontológico que determine su valor. Es el miedo a un decidir sin fundamento, a pretender simplemente "... el objeto, la cualidad [...] a favor de una agresión, de una insinuación, de una subversión [...] Pretensión no fundada que recubre una desemejanza como un desequilibrio interno."¹⁴

Esta es la razón por la que se delimita al sofista como el no-ser de la idea. Pero en vano ha sido. Aunque la delimitación mantenga en apariencia para la metafísica la selección del mejor linaje, el daño que ha infligido la presencia perturbadora del sofista ha sido letal y resuena por todos los derroteros de su pensamiento. Cuando emprendió la determinación del sofista como el no-ser de la idea, quiso alejarlo de la relación modelo-copia y "a fuerza de buscar por el lado del simulacro y de asomarse por un abismo, Platón, en el fulgor repentino de un instante, descubre que éste no es simplemente una copia falsa, sino que pone en cuestión las nociones mismas de copia [...] y modelo."¹⁵ La imagen del sofista denuncia lo que Platón intenta ocultar con una metafísica de la igualdad, y es que en el fondo, también hay una disparidad en lo igual, es decir, la imagen nos invita "[...] a pensar la similitud e incluso la identidad como el producto de una disparidad de fondo."

Para Platón, la imagen del sofista se encripta como una amenaza para la Metafísica del eidos porque con su imagen ya no es posible entender el mundo como la aparición de lo mismo y lo semejante, al contrario, el simulacro es el defundamiento que condena esta lógica. Porque cuando se establece la división y reconciliación de un mundo de ideas y apariencias, solo queda entonces la simulación de ésta, que es la subversión de lo desemejante al no estar absorbido en lo mismo, en lo idéntico.

La determinación del sofista concluye con un silencio para la metafísica cuando contempla lo que está por fuera de los muros del ser; pues a pesar de sus encomiables esfuerzos, fue incapaz de subsumir lo diferente –el no-ser-. Porque lo que es idéntico, lo es porque se mantiene igual consigo mismo y tiene una base común para todo lo que constituye. En este sentido, la metafísica es la insistencia por ocultar la diferencia que la origina.

Por eso cuando aparece para Platón la imagen perturbadora del sofista –lo diferente- se exigía que ésta, al no poder fundarse en lo mismo, se determinara por fuera del mundo ontológico. Pero al delimitar el no-ser del ente, se descubre que la unidad del ser que ha construido de la mano del mito y la dialéctica, se ha erigido de la misma forma, es decir, descubre la imposibilidad de absorber la diferencia en la representación. La imagen del sofista defunda y hunde lo patente para toda la metafísica, insinuando que todo orden devino de una desemejanza y que establecido lo igual emerge lo que simula, lo que descentra. Lo que se descubre con el sofista es el precario inicio en el que se teje la metafísica y que con recelo una y otra vez intenta ocultar.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 299.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 298.

Bibliografía

Deleuze, Gilles (2005), *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona.

Gusdorf, Georges (1960), *Mito y Metafísica*, Nova, Buenos Aires.

Grondin, Jean (2006), *Introducción a la metafísica*, Herder, Barcelona.

Pardo, José Luis (1989), *La Metafísica. Preguntas sin respuesta y problemas sin solución*, Montesinos, Barcelona.

Platón (1982), *Sofista*, Gredos, Madrid.

Gracia, Jorge (1998), *Concepciones de la metafísica*, Trotta, Madrid.

Grossmann, Reinhardt (2007), *La existencia del mundo. Introducción a la ontología*. Tecnos, Madrid.

Aubenque, Pierre (2012), *¿Hay que deconstruir la metafísica?*, Encuentro, Madrid.